

A modo de umbrío umbral

Como um limiar sombrio¹

J. Agustín Torijano Pérez*

¿Puede haber mayor honor que el de intentar presentar un libro de un Maestro, de una Maestra? ¿Puede haber mayor osadía que la de tratar de unir balbucientes palabras a alientos casi divinos como son los poemas de la doctora Abreu Vieira de Oliveira?

Sólo desde la profunda admiración y el mayor de los agradecimientos puede entenderse el atrevimiento de querer ser apenas umbrío umbral de esta Casa de la Literatura que Ester ha construido, piedra a piedra, verso a verso, para dar abrigo en ella a lo más profundo, lo más ética y estéticamente profundo, de nuestra Literatura.

Y todo ello lo hace desde la humildad, desde esa inconcebible humildad de quien no tiene motivos para serlo, para acercarse con cautela, pero con sabiduría, a los

¹ TORIJANO PÉREZ, José Agustín. A modo de umbrío umbral. In: OLIVEIRA, Ester Abreu Vieira de. *Para no olvidar: una reunión de vidas en homenaje*. Vitória: Centro de Ensino Superior de Vitória, 2005. p. 11-13.

* Doutor em Filologia Hispânica pela Universidad de Salamanca, Espanha (Usal).

más grandes, a los prohombres de la Literatura, la de acá y la de allá, a quienes puede tratar de amigos, de próximos, de parientes, sentando a su mesa a Bécquer con Eduardo, a Cervantes con Toninho, a Machado con Mariana o a Manrique con su padre, haciendo así que la dignidad de las personas se calibre con la medida del amor. Ester nos abre la ventana para que veamos la fiesta donde los invitados, no en desorden sino espontáneamente, iluminan de su mano las estancias que visitan.

Para no olvidar: una reunión de vidas en homenaje es un acto de inmensa generosidad (uno más en su vida) para que las personas, las palabras y las palabras de esas personas no se queden en el olvido, aun a riesgo de contradecir, quizá mejor de aliviar, la pena de Cernuda, cuando la autora le dedica el magnífico “¿Quién dice que hay olvido?": *Morir parece fácil. / La vida es lo difícil* [...]. Nuestra autora también lo ha descubierto. Sabe en carne propia que la vida, que seguir viviendo es la condena de los que se quedan aquí, con el único consuelo de perdurar en la memoria de los que vengan, como los que se fueron lo hacen en la nuestra.

Por eso este libro es también un acto de egoísmo, un ejercicio de necesidad de recordarle al mundo que somos mientras recordamos y mientras nos recuerdan. No sabemos cómo, ni siquiera si, nos recordarán cuando no seamos, pero necesitamos mantener el fuego de la memoria, del cariño, del afecto para no morir en el frío de la ingratitud, en el del olvido. Ester quiere seguir siendo porque ama la vida con todas sus fuerzas y este amor la lleva a catalizar su sensibilidad en esos alientos casi divinos, que la gente cree palabras, para plasmar su gratitud y su afecto por los destinatarios de sus poemas, personas todas grandes porque están en la mente y en el corazón de Ester.

Comienza *Para no olvidar...* con una declaración de principios, de deseos, aunque la autora no sabe que todos ellos ya son antiguos, porque todo el poemario es la palmaria demostración de que Ester ya ha cumplido esos anhelos. Ya sabe cómo transformar el idioma en canto a la vida, en himno, y, aunque ella no quiere

saberlo, en ese surtidor a borbotones del que bebemos tantas aves sedientas, canoras o no.

Pedidos los deseos – ésos que ya hemos dicho que se han cumplido –, nuestra profesora poetisa siente que, en manos de Jimena, *sale el poema*, e y es a ella, la mujer, esa Virgen María castellana, a quien le dedica su canto y hasta su plegaria, porque Jimena, el “descanso del guerrero” de tiempos pasados, representa a tantas mujeres que son columna del amor y sufridoras silenciosas de tantas despedidas, porque este precioso poema quiere cantar *a este amor sufrido de las mujeres / Que de la frialdad de los héroes que parten construye*.

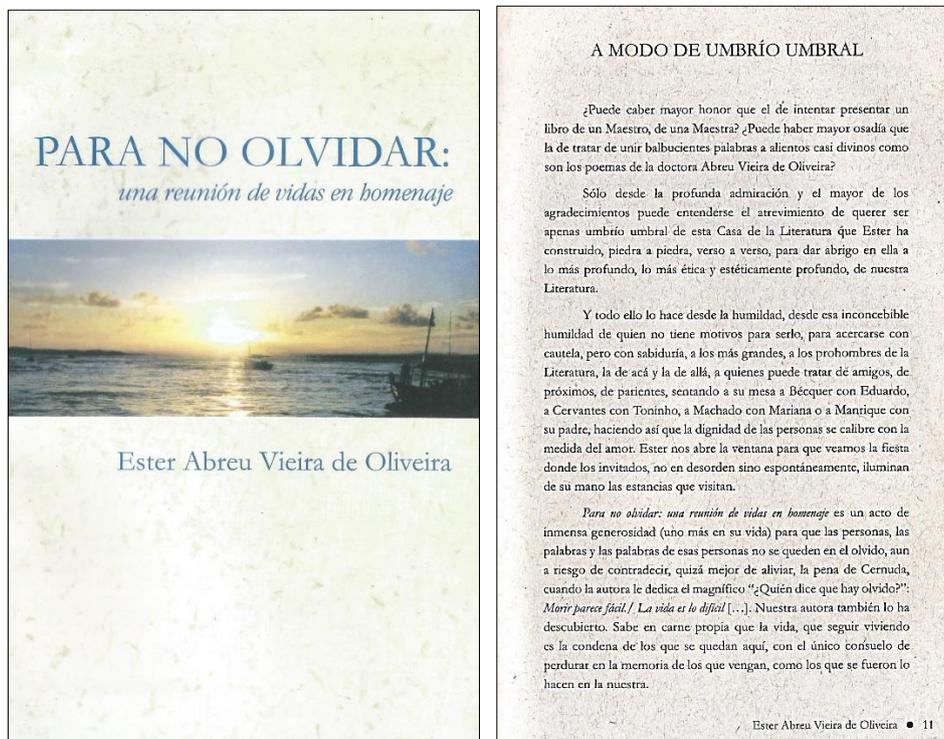
Porque Jimena, como la otra Virgen María de Belén, no está sola. Ester, mujer, luchadora y defensora de las mujeres, para que éstas alcancen los lugares que nunca debieron perder, dedica su afecto y su poesía a esas otras mujeres, a la eterna enamorada, a la “chata recia”, a la vaquera serrana, a la casamentera (como nuestras queridas Celestina e Trotaconventos), a la fea, a doña Endrina, a Dulcinea, a Mariana, a su Adelina, a su madre (que llora la madre lágrimas de rosas), a Adorila, la abuela y, cómo no, a la maestra, que es igual que decir a todas las mujeres.

Ester, amiga, poetisa, traductora, académica, sí, pero, sobre todo, Maestra, no deja de serlo ni cuando honra con su amistad, ni cuando escribe poesía, ni cuando traduce, ni cuando se hace académica. Ester, doña Ester, es siempre Maestra y *Para no olvidar...* es una lección permanente, no sólo de humanidad, no sólo de afectos, no sólo de gratitud para con los suyos, sino también de Teoría Literaria, de doctrina poética porque ha conseguido regalarnos un tratado de Historia de la Literatura en español, más profunda que muchas bibliotecas. En ella está el recuerdo a Cervantes, a don Quijote (ese *héroe del amor*), a nuestro querido Sancho, pero también al gigantesco Neruda, para *hacer un canto a América*, y al perdido romanticismo de Rubén, y a Federico, el poeta más vivo por haber sido asesinado por la ignorancia y el desprecio. Y en ella no falta el granítico Unamuno, que busca su mar del norte, como Rafael buscaba su mar del sur, ni falta don Antonio Machado, el Humanismo hecho poesía también en los versos de Ester.

Ahora deben entenderse mejor mis palabras iniciales cuando justificaba este tímido umbral con la admiración y el agradecimiento por esta poetisa que vuelve a regalarnos un pedazo de vida, porque todo en ella es poesía de la vida, sí, y poesía de la muerte, y poesía del amor, y poesía de la gente, y poesía de poesía.

Y dejen ya las balbucientes palabras paso a los alientos divinos.

Salamanca, primavera de 2005.



Capa de *Para no olvidar* e apresentação de José Agustín Torijano Pérez.